Hombres por relaciones igualitarias

Entrevista a Francisco Cervantes Islas

Elisa Ramos Jiménez

Francisco Cervantes Islas es papá, miembro del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias (CORIAC) y responsable en esa institución del *Programa de Paternidad*. "Tallerista empedernido" de los grupos de mujeres, dice ser apasionado de la perspectiva de género. Es psicólogo con especialización en estudios de la mujer por la Universidad Autónoma Metropolitana y diplomado en estudios de violencia intrafamiliar. Trabajó ocho años con grupos feministas en apoyo a víctimas de violencia de género en la Asociación Mexicana contra la Violencia hacia la Mujer (COVAC), dos años con el grupo Laboratorio de Exploración de la Masculinidad en la ciudad de México y varios estados de la república.

En días pasados, aprovechando su estancia en Colima para coordinar, a invitación del Consejo Estatal de Prevención y Atención a la Violencia Intrafamiliar (CEPAVI), un taller de capacitación metodológica para el tratamiento y la atención a personas generadoras y receptoras de violencia intrafamiliar, conversamos con Francisco Cervantes.

¿Cómo te explicas la violencia del hombre hacia la mujer?

Entiendo que es el gran problema social, pero a la vez, la gran invisibilización histórica del hombre. Violencia es oprimir, transgredir, sin la voluntad, sin el consentimiento, el espacio íntimo, físico, cultural, emocional de la otra persona. Es un instrumento de control, pero a la vez es una forma muy económica de querer resolver los problemas. Creo que la violencia es la síntesis de la incapacidad humana para resolver los conflictos. La violencia del hombre hacia la mujer sintetiza nuestra formación desigual y discriminatoria que tenemos los hombres hacia las mujeres. Cuando un hombre agrede, o golpea a una mujer, está confirmando su incapacidad de resolver el conflicto, y su incapacidad de amar. También está reproduciéndose en él lo que ha aprendido de esta sociedad sexista, desigual, clasista y discriminadora. La violencia concreta, en cada hombre que la ejerce, la asimilación de patrones sociales, pero la deposita en una mujer muy concreta.

¿Cómo surge el Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias (CORIAC)?

En 1986 empecé a trabajar con COVAC proporcionando apoyo emocional a mujeres que vivían violencia de género. Obviamente fue muy duro recibir a mujeres violadas, golpeadas, a personas que habían recibido violencia sexual. Había un gran malestar personal, y a la vez una gran impotencia. Trabajaba el apoyo a la víctima, pero eso no estaba frenando la violencia. Durante ese tiempo las mujeres del grupo feminista nos impulsaban y sugerían hacer trabajo con hombres.

Digamos que esos años fueron de sensibilización y capacitación. Pasé por una amarga experiencia, en el recuento cotidiano de mujeres que habían sido agredidas. Empecé a hacer trabajo personal, cruzando por terapias y otras experiencias. Marcela Lagarde me presentó a un hombre que estaba trabajando con hombres. Sinceramente no me la creí. De qué manera cambiar la identidad del hombre y darle la posibilidad de parar su violencia. Apoyado por COVAC me fui a Estados Unidos para conocer a los grupos que estaban realizando trabajo

con hombres. Al regreso decidí empezar a revisar mi paternidad e inicié talleres de reflexión con hombres. CORIAC surge entonces como una experiencia de COVAC. En 1991, tres hombres incómodos por los patrones machistas empezamos a trabajar con violencia. Con Daniel Cazés y Bernardo Lagarde hicimos los primeros talleres de identidad masculina. Ahí surgió CORIAC, como un esfuerzo organizado de hombres inconformes con la identidad y avergonzados por la violencia masculina.

¿Qué ofrece CORIAC a los hombres?

Durante seis años hemos construido un espacio de reflexión para hombres que, reconociendo que recurren frecuentemente a la violencia cuando tienen un conflicto con la compañera, tienen la disposición de frenarla. Ofrece un espacio para hacer conciencia, ver con más profundidad las consecuencias que ocasiona, y en un modelo de tres fases descubrir por qué soy violento, identificar el momento del enojo, frenarlo y parar la violencia. Si ya pasé por ese proceso, CORIAC va a frenar la violencia emocional. Muy pocos hombres se quedan porque el trabajo es fuerte, te confronta para que en el momento en que te enojes tomes un retiro y revises por qué te estás enojando. Ese es el primer momento.

El compañero que permanece en tratamiento varios meses deja de golpear a la compañera, pero la violencia y el control siguen. Entonces pasamos a la segunda fase que consiste en tocar su experiencia emocional, sus sentimientos, que pueda expresarlos y manejarlos, atreverse a sentir el dolor, la tristeza, la vergüenza, la alegría. Asumir la emoción como propia y manejarla lo más creativamente posible. Es un trabajo hacia dentro, es descubrir la dependencia hacia la compañera, qué le pido para que yo esté bien. Porque para que el hombre esté bien necesita que la compañera lo atienda, le haga las cosas que él quiere.

Al descubrir esta gran dependencia empezamos a tratar el malestar, pero otra vez eso no resuelve la violencia, porque estoy enojado, malhumorado, lo reconozco y lo digo. Ella posiblemente diga que es su problema, su tristeza, ni hará lo que él quiera. Entonces, no es sólo expresar lo que uno siente, sino tratar de buscar la negociación, desprenderse de los sentimientos, responsabilizarse de los problemas personales para no contaminar la relación.

El tercer nivel es lo que llamamos el "aquí entre nos" y es ver con profundidad, con más detalle, lo que nos pasa cuando estamos a disgusto con nuestra compañera, y a partir de ahí y de escucharla, de construir la práctica del respeto, este nivel nos facilita la negociación de los conflictos y la comprensión de nosotros mismos y lo que queremos.

Nuestra cultura está plagada de mitos que propician la permanencia de la violencia. Por ejemplo, se dice que el hombre es violento por naturaleza. ¿Qué podrías decir al respecto?

Por supuesto que no. La violencia es un acto de voluntad, es responsabilidad de quien la ejerce y es aprendida. Es también un mecanismo para mantener la desigualdad con los demás, principalmente contra la mujer y los hijos. Tal justificación de la supremacía masculina hace que mujeres y hombres piensen que es natural, porque no conciben a una sociedad sin alguien que controle, sin alguien que domine. Me parece que quienes apelan a la violencia como algo natural no se permiten cuestionar sus creencias de vida, la cultura y su estructura social. La violencia está entremezclada con una condición social que justifica la discriminación, la opresión, el control y el dominio hacia los demás. Eso es tan generalizado que para muchos es muy natural. Es tan frecuente que en lo individual resulta ser la violencia la manera de economía psíquica de responder a los problemas. Es decir: no funciona y agredo. Esta economía psíquica, que es muy característica del ser humano, de querer resolver las cosas pronto, hace ver a la violencia como algo natural, pero no es, sino la pereza mental, la indisposición a tratar de parar mis emociones o controlarlas, y pensar en cómo puedo resolver las cosas sin controlar, sin forzar.

Se dice que en el fondo una persona violenta esconde sentimientos de inferioridad. ¿Cuál ha sido tu experiencia en el tratamiento de hombres violentos?

Escondemos sentimientos de inferioridad, de frustración, malestar, tristeza, desamparo, soledad, de impotencia como de prepotencia. Cuando escucho a los compañeros creo que abro una de las puertas más grandes que puede haber para conocer al ser humano. Se abre una infinita cadena de sentimientos encontrados de situaciones que se suman. Un video producido por CORIAC muestra cómo podemos llegar a tener en la infancia experiencias traumáticas, sentimientos de dolor y de invalidación con los que el hombre no quiere hacer contacto. Que el conflicto con la pareja lo está poniendo frente a su historia, a su angustia, a su impotencia. Que el hecho de gritar porque no estuvo lista la comida, porque los hijos no se durmieron temprano, o porque ella le puso un hasta aquí, es sólo la fachada, no el trasfondo de lo que le está moviendo a él.

A veces he dudado que sea solamente la violencia

♦♦♦

un elemento de control, como también dudo que sea una reacción por la frustración. Creo que son muchas cosas a la vez. Es una reacción de la impotencia masculina para aceptar el dolor, o para resolver el conflicto. Pero también la violencia se quiere instaurar como esa vocación masculina por imponerse, a la vez por desconocer el dolor propio y la angustia. La violencia no responsabiliza al hombre de sus actos: te pego porque me levantaste la voz, porque no obtuviste buenas calificaciones. Lo hace como una justificación social. A la vez trata de borrar el conflicto interno de cada uno. Vive confrontado, porque no es el que manda, porque no es el que sabe todo y trata de ocultar la realidad, ese dolor, esa circunstancia de no saber qué pasa con él.



No nos permitimos conectar con el dolor. Si en lugar de agredir toco mi dolor, mi tristeza, mi angustia, entonces puedo parar buena parte de mi violencia. Puedo decir que me siento mal, que me siento enojado, desilusionado, que me da miedo que te vayas, que me preocupa y me tensa que los hijos adquieran actitudes, comportamientos que yo no quiero. Entonces hablo de lo que traigo dentro, lo que me está moviendo, y busco sustituirlo por la violencia.

Este es un gran reto, porque me pone en contacto con lo que siento, me obliga a decir qué necesito, por qué me molesta y también a poner límites con lo que quiero y lo que no quiero. Digamos que conceptualmente lo estamos tratando de clarificar, lo más difícil es llevarlo a la práctica.

Todo este dolor me está llevando a la violencia, por lo tanto impongo y digo que las cosas son como yo quiero. Pero si acepto la democracia, y reconozco que lo que tú dices es también importante y me doy la posibilidad de dudar, entonces cuando dudo me permito no ser el mejor, el sabio, el primer lugar. Frenar la violencia es tocar nuestra vulnerabilidad, descubrir y tocar nuestra parte interna que quiere ser quizá bondadosa, que está oculta. empolvada con una serie de aprendizajes absurdos de la masculinidad. Lo que tenemos es un gran proceso de purificación, de sanación.

Si quiero parar la violencia o estar sano tengo que identificar el dolor. Ver si me duele el riñón, o la espalda, entonces mi salud física depende de que sane ese hígado, ese páncreas. Sanar la violencia masculina implica llegar a sanar nuestra vida y nuestra experiencia emocional e histórica. Como alguien sana su riñón, yo voy a sanar a mi niño interno que siempre vivió despreciado o burlado o agredido, mi propensión a creer que siempre tengo la verdad, implica sanar mi incapacidad para conocer que estoy tenso, que debo aceptarlo y buscar mi tranquilidad. Es en este símil, en esta anécdota de la salud emocional. Es un poco revisar la historia y acomodar las piezas del rompecabezas personal, conciliarse con uno mismo y quizá sanar mi relación, con mi padre, mi madre, mi hermano, con los que me han ofendido

Sabemos de las repercusiones físicas y emocionales en la persona agredida. ¿De qué manera se afecta el agresor?

El padre que golpea, el hombre que golpea a la mujer pasa por un mecanismo complejo, por una condición cultural, psíquica, de identidad personal, en donde él siente que tiene la razón y quien tiene la autoridad. Integra ideológica, anímicamente, que él es el jefe, el que manda, el que tiene la razón, que lo que él dice es lo correcto. Esta sensación ideológica subjetiva no se queda en lo subjetivo, se transforma en actos. Si yo soy el padre espero que te calles cuando te digo que está mal. Soy tu esposo y siento que me perteneces. Espero que tu cuerpo esté a mi disposición cuando yo quiera. De esa subjetividad, de esa creencia, se pasa a una expectativa real de que tie-

nes que hacer lo que yo espero que hagas, si no, entonces me enojo. Esa sensación de ser autoridad, se tiene que ver ratificada en un acto muy concreto en la cotidianidad.

Después pasa a otro proceso muy interesante. Si ella no ha hecho lo que la autoridad quiere empieza el enojo. Pero cómo te explicas que alguien sea capaz de matar por esa subjetividad. Pasa que hay un dolor muy grande, muy profundo. Si ella se quiere ir de casa yo me siento morir, siento que no valgo nada, quizá sea en proporción esa sensación de desvalidez o de ese miedo a no ser nadie porque ella no me obedece. Ese miedo, ese dolor, ese coraje, no es en automático. Para poder golpear a la compañera tengo que pasar por un proceso de cosificarla, de pulverizar su dignidad, al menos en mi cabeza. Yo no le pego a Juana, Antonia, Leticia, a la compañera que digo amar, le pego a una persona que veo como menos. Es muy frecuente que para poder golpear a la compañera el hombre la insulte, la vuelva cosa dentro de su cabeza. Cuando quieres tirar una hoja que ya no te sirve, la arrugas y la arrojas al cesto de la basura porque por los dos lados ya está ocupada y ya no te sirve. Convertiste esa hoja a un plano inservible. De ver a la mujer como persona empieza a verla como cosa, como tonta. Es difícil que yo agreda física o emocionalmente a quien no le he tenido al menos un grado de desprecio, de enojo, de malestar, de desvalorización. Los crímenes de odio que trato de entender, el racismo, la violencia de los jóvenes en Estados Unidos, los crímenes de Kosovo, tienen lamentablemente parte esencial del odio hacia la otra persona. Este odio tiene que ver con desvalorizar, con ser intolerante.

Pero existe otro ámbito. Cuando siento que ya desvaloricé a mi compañera, necesito una justificación para agredir. No soy responsable de mi acción, la culpo de nuevo a través de un proceso en que invento pretextos y busco qué es lo que hizo mal. Así, el hombre inventa o transforma la realidad: es que tú no cumpliste. Por eso es muy enloquecedora la violencia masculina hacia las mujeres, porque ellas nunca van a tener la razón.

Somos tan sagaces en esta persecución que yo puedo hacer que ella me agreda para justificarme. Sé que a ella le molesta que le pregunte dónde anda, que interfiera en su vida, que no le hable, y me quedo sin hablarle. Él sabe cómo ella se puede alterar. Ella intenta agredirlo y entonces él justifica la violencia. Y sigue perversamente durante mucho tiempo haciendo lo que a ella le disgusta. Conozco compañeros por voz de las mujeres que han durado doce años sin contacto sexual con su pareja. Hay una violencia prolongada, pero es una violencia pasiva del varón. Que va directamente a donde más le duele a ella.

La violencia puede tener cara amable, tan amable que puede decir, yo te acompaño para que hagas, para que visites, y eso es control, con cara amable. Se da también la victimización: "Yo siempre me he esforzado para que estés bien". Así le crea sentimientos de culpa, por lo tanto es una violencia muy terrible. La violencia no es sólo el golpe, el abandono. Hay violencia con cara bonita. Incluso la puedo agredir no cuidándome, amenazándola con que me voy a suicidar. Responsabilizándola por lo que yo no he podido hacer. Adiós explicaciones automáticas.

¿Resulta fácil para un hombre reconocer que es violento?

Por cultura un hombre no va a reconocer tan fácil que es violento. Creo que esta negación de que soy violento puede ser cínica o poco vislumbrada por los hombres. Algunos dicen que el problema es ella. ¿Que tenemos? Primero, históricamente estamos a fin de milenio y el problema de la violencia doméstica no es reconocido como un problema social como un problema de salud, jurídico o educativo. No queremos reconocer que la violencia existe en casa y que es grave. Fíjate como el varón individual niega su violencia. Pero también lo está negando el sector educativo al no tener programas suficientes. Lo está negando el sector salud aunque gaste el 20% de su presupuesto en atención a accidentes y conductas temerarias derivadas de la violencia. Las políticas sociales, los gobiernos que justifican la violencia la niegan. ¡Cómo no lo va a negar el individuo! A sociedades más autoritarias, familias más autoritarias. Nuestro país ha dado un buen modelo de autoritarismo. Y ahora de cinismo: "Hemos tenido el dedazo pero ya no lo vamos a hacer", este cinismo patriarcal, este machista que ha ubicado que el hombre, sexo masculino, es la autoridad y la mujer es dependiente. Por principio la violencia no se ve como tal, se quiere naturalizar. Tú no puedes subirte al árbol porque eres mujer. Socialmente se está invisibilizando. La sociedad no asume que la violencia es un problema de autoridad, de jerarquía, la sociedad también es muy cómplice e invisibiliza diciendo que es problema de unos locos. No asume que la violencia es resultado estructural de relaciones desiguales de poder, de jerarquía.

Es importante la ley porque está actualizando la conciencia pública para hacer ver que no se vale tal o cual conducta. Es responsabilidad de los legisladores que

♦♦♦

estén sensibilizados y que puedan decir a la sociedad que el maltrato y los golpes en la familia son delitos.

Sufrimos de la insensibilidad de legisladores y políticos, de quienes dirigen las instituciones públicas. Muchas veces ni siquiera se dan cuenta que la violencia doméstica es un problema grave y por lo tanto hay que hacer conciencia. Si por ejemplo un funcionario de una institución pública al pensarse como padre en lo individual dijera: "Tengo que aprender a no golpear a mi hijo", y lleva esa idea a lo social, propondría leyes para que nadie golpee a los hijos. Pero la sociedad justifica la violencia, los medios de comunicación, por ejemplo, deberían tener conciencia al relatar un hecho de violencia, deberían avergonzarse porque no se han dado a la tarea de decir "eso es delito", "ésa es una forma inconveniente de resolver los problemas".

Cuando el hombre golpea a la mujer se justifica. Quizá sólo se sintió mal en el momento en que casi la mandó al hospital, los más no se reconocen violentos. Han asesinado o golpeando a los hijos, y es tan cruel la condición humana que al momento que el niño le dice, no me golpees papacito, en el momento en que golpea a la mujer, la insulta, él le dice: "Para que no vuelvas a hacer esto o lo otro". En el mismo acto de violencia descarga su ira y entonces la mata porque ella no se corrigió, porque el niño no hizo su tarea. A quien le estoy hablando no es al que viene a CORIAC. Hablo a los que no quieren reconocer su violencia. Pero me estás hablando de los hombres inteligentes que se dan cuenta, esos hombres que se dicen: "Caray, pude haber matado a mi hijo", "la traté mal". Ellos se dan cuenta de las consecuencias. Los más llegan a querer frenar la violencia, sin dejar de culpabilizarla. Pocos hombres son capaces de hacer una gran transformación personal, que se dan cuenta que lo que ellos dicen, sienten y hacen no es del todo correcto. Esto mueve el tapete porque como ves, de los miles de hombres violentos sólo cambiamos unos cuantos.

¿Trabaja CORIAC la violencia intrafamiliar de manera interinstitucional?

En CORIAC hemos construido una propuesta para que instituciones gubernamentales y civiles empecemos a explorar y parar la violencia. Yo convocaría a las academias públicas para que empecemos a trabajar con los hombres desde la violencia y la paternidad. Los hombres estamos huérfanos de sensibilidad para educar a los hijos. Y las instituciones pueden explotar uno de los mayores recursos que tenemos para educar a nuestros hijos: la ternura y la sensibilidad. Además resulta menos amenazante que un hombre asista a una plática de paternidad.

Éste, más que ser un asunto de las instituciones, es un asunto de personas. Donde haya una persona sensible, independientemente de su institución, emprenderá acciones para prevenir, sensibilizar y atender la violencia.

Si el DIF y otras instituciones se dieran cuenta que éste es un problema prioritario emprenderían acciones. En políticas públicas, las partidas presupuestales no tendrían que ver con valoraciones subjetivas del político.

Un político visionario ve que la violencia es un asunto de cultura, es un problema de competencia, de abuso de poder en lo privado y en lo público. Es una validación de la impunidad del más fuete hacia el más débil. Si tuviera esa visión, la propuesta de política pública sería la educación, pero una educación crítica a los valores de la prepotencia, de la intolerancia. Muchos políticos son incapaces de ver que la violencia es el abuso del poder, de la jerarquía, y como es tan restringida su visión del problema compran patrullas.

Mira, hace un tiempo asistí a un congreso internacional, y le mostré a un procurador de justicia lo que invierte en una patrulla y lo que gasta mi grupo. Se cimbró al ver la inversión. Es una visión prepotente, insensible, es otra vez la economía psíquica del político que piensa que la violencia se calma con más represión. Reprime y estalla. Veamos lo que está pasando en los Ceresos del país. Un funcionario sensible es un diamante, porque si alguien posee la cultura del autoritarismo ante la violencia compra garrotes, pero si ese alguien concibe la violencia como el abuso del poder, como la intolerancia, como la pobreza humana, compra libros, da pláticas, escucha y da afecto. ♦



